

ción y temperamento eran perfectísimos, como convenia al vaso en que había de contenerse y transparentarse su alma casi divina.

Fué, pues, muy singular, muy suyo el estado de la Santísima Virgen; nació envuelta en los inefables amores de su Criador y, sin embargo, no gozó de todos los beneficios del estado de naturaleza íntegra, y apesar de esto fué incomparablemente más regalada de Dios que nuestros primeros padres, con tanta diferencia como es la que hay entre el amor que se tiene a las criaturas y el que se profesa a la madre que nos da la vida. Así es que la falta de esos beneficios de la inmortalidad y de la ímpasibilidad, que gozaron nuestros primeros padres mientras fueron inocentes, no arguyen que Dios tuviera preferencias con ellos que no concedió a su santísima Madre, porque de lo contrario habría de decirse también que Dios amara más a ellos que a su mismo Hijo, puesto que a Este también le dió un cuerpo pasible y mortal.

Constituyen Jesús y Maria por sí solos un orden nuevo, eminentemente sobrenatural, el orden de la unión hipostática, en el que siendo casi infinitas las comunicaciones, derrochadoras de gracias, de Dios con la criatura, es imposible suponer un orden o estado mejor en el que Dios pueda dar más a los que ama, que lo que dió a Cristo y a su inmaculada Madre, a cada uno en proporción al estrecho enlace que tuvo con la unión hipostática. Así es, que lejos de considerar la falta de la inmortalidad e ímpasibilidad como prueba de que Adán y Eva fueron preferidos a Maria, es indicio cierto de que el Señor le dió a su Madre estas imperfecciones corporales, como él también las tomó, para engrandecerla más, para unirla más con la divinidad, para poner en sus manos títulos que sellados con sus propios méritos fueran más ennoblecidos que si Dios graciosamente se los concediera.

¿Por qué, pues, fué pasible y mortal la Santísima Virgen, cuando libre de todo sufrimiento y de la muerte fueron creados nuestros primeros padres? Si preguntáramos por qué el hombre nace sujeto al dolor y a convertirse en polvo, la respuesta sería facilísima leyendo las Escrituras: pecó Adán *et per peccatum mors* y, por consiguiente, el dolor y el sufrimiento que son como preparación de la muerte. Se le conminó a Adán que si pecaba perdería todas las gracias que Dios le había concedido y que su mal como su culpa se transfundiría a todos sus descendientes. Pecó y arrastramos nuestra vida naciendo hijos de ira y acabamos la existencia con dolor que ha sido el alimento de todos nuestros días, aunque suavizados con consuelos divinos, si hemos sabido mantenernos dentro de la voluntad del Señor.

Pero si todos pecamos en Adán, la Santísima Virgen no incurrió en el pecado de origen, porque como dice Pio IX en su inmortal enciclica «Ineffabilis» por un privilegio singularísimo de Dios y por la aplicación excepcional de los méritos previstos de su divino Hijo fué librada de la culpa original. «Así, pues, Ella no estaba sujeta a las penas del pecado de nuestros primeros padres.» Y no se diga que los sufrimientos y la muerte son condiciones naturales de la naturaleza humana, porque estas condiciones fueron quitadas por Dios dando al hombre los dones del estado de naturaleza íntegra, dones que se perdieron por el pecado; de mo-